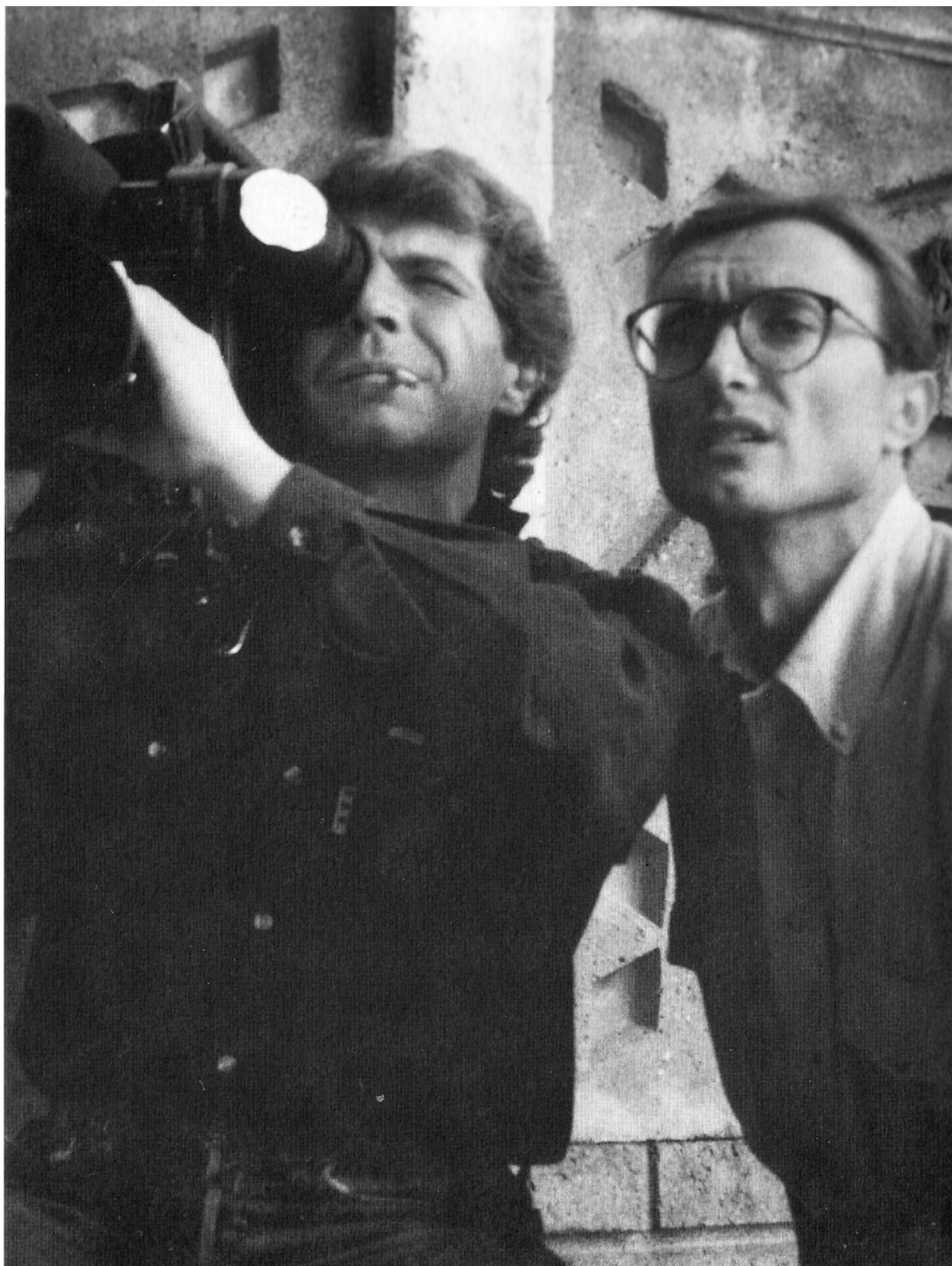


JOSÉ LUIS MÁRQUEZ



“Márquez con su expresión característica cuando grababa. Todo cuanto ocurría fuera del visor de su cámara le importaba un bledo”.

Cualquier reportero que haya cubierto conflictos para televisión en los últimos veinte años sabe que José Luis Márquez está considerado como uno de los tres o cuatro mejores cámaras de guerra vivos: el hombre que estaba solo en Tiannamen, y cuyas imágenes –tras escapar de allí escondido bajo los cadáveres apilados en un camión- dieron la vuelta al mundo. El cámara que rodó los últimos días de Vukovar, que estuvo a punto de dejarse la piel en Eritrea, Vietnam, Sarajevo, Liberia, Oriente Medio y tantos otros sitios. Lo que pasa es que Márquez, a quien tratan con respecto los mejores cámaras, son iguales, tuvo la desgracia de no haber nacido anglosajón – ahora estaría ganando una pasta con la CNN- sino español, y su cobertura de la guerra de la ex-Yugoslavia la hizo para TVE teniendo como jefes a María Antonia Iglesias, Ramón Colom y Jordi García Candau en vez de a Ted Turner o a cualquier otro con capacidad para apreciar su trabajo, su humildad profesional, su hombría de bien y coraje. Así que dedicarle el libro no sólo era justo, sino que era necesario para hacer debido honor a ese fulano taciturno y silencioso que, merced a varios recuerdos y a algunos ratos buenos y malos compartidos, me hace el favor de ser mi amigo.

Si se fijan (en la película Territorio Comanche), durante la escena de la mañana siguiente al bombardeo, mientras Mikel Uriarte hace su entradilla y la gente sale de los refugios entre el humo y los incendios lejanos en el sombrío amanecer, hay un cámara de televisión que filma en último término, a la derecha de la imagen. Ése es José Luis Márquez.



Para asesorar al equipo, Gerardo le pidió a Jose Luis Márquez que los acompañara, y éste, a quien le hacía gracia presenciar todo aquello y además ya había hecho una estrecha amistad con Carmelo Gómez, aceptó. Después, sobre el terreno, ocurrió lo de siempre. Cuando le preguntaban qué le parecía algo, si él decía que aquello era una chorrada, simulaban que no lo habían oído y no le hacían el menor caso. Así que se encogía de hombros, encendía un cigarrillo y miraba.

Como anécdota, una: Imanol iba los primeros días muy repeinado por la maquilladora, y Jose dijo, con esa voz de carraca vieja a la que todo parece importarle un carajo, que en la guerra uno suele despeinarse a menudo; cosa que Imanol, que es rápido como un rayo, hizo con entusiasmo y en el acto. También observó José, y lo dijo en voz alta, que todos iban al rodaje excesivamente limpios y frescos, cuando en los días duros de Sarajevo la gente iba cochambrosa y hecha una mierda. “El único que va bien atrezzado –añadió- es Carmelo”. Todos miraron a Carmelo, que había estado hasta las cuatro de la mañana mamándose a conciencia con Jose en un bar y tenía una cara de resaca espantosa, como si en vez de haber estado bajo el Johnnie Walter hubiese estado despierto bajo las bombas serbias. Así que, a partir de ese día, la frase “vamos a atrezzarnos” hizo fortuna, e Imanol, Carmelo, los otros actores, e incluso parte del equipo técnico, se quedaban hasta las tantas atrezzándose a gusto para, al día siguiente, tener bien impresos en la cara los horrores de la guerra.



El equipo de TVE: alrededor de Márquez, el montador Walter, Maite, el sonido Álvaro Benavent y Pérez-Reverte

El puente de Márquez, que en el texto original de Territorio Comanche y en la película termina saltando por los aires, voló en realidad cuando los serbios intentaron cruzarlo en Petrinja. Pero Márquez no pudo filmarlo, porque ya no estábamos allí. Ésa es la única vez que el libro –y la película en esa escena- se apartan de la realidad. Aquel día en que Jose se empeñó en tener su puente aguardamos dos horas largas bajo el fuego de los morteros y las 12.7, mientras Jadranka nos esperaba junto a la granja; pero el puente no volaba, y el deadline, la hora de cierre del telediario, a acercaba inexorable. Hubo que largarse a transmitir, y al día siguiente el puente lo habían volado ya. José, que es un tipo silencioso y además comprende las cosas del oficio, no me lo reprochó nunca. Pero yo le debía su puente. Por eso quise darle la satisfacción de obtener su imagen saltando por los aires, en el libro; y por eso creo que la sonrisa de oreja a oreja, la expresión de Carmelo-Márquez cuando por fin, en la película, todo ocurre rápida y brutalmente entre su cámara, con foco y grabando, es el mayor homenaje que podía tributársele a ese curtido cabrón que durante tantos años ha sido mi compañero y amigo.

Aunque sólo haya sido en la semi-ficción de unas páginas y en una pantalla de cine, después de tres décadas cubriendo guerras por cuarenta mil duros al mes, José Luis Márquez tuvo su maldito puente. Sólo por eso merecía la pena haber llegado hasta allí. Y todo se resume, quizás en lo que él mismo diría, con esa voz de carraca vieja que seguiré recordando lo que me queda de vida, entre el pumba-pumba de los morteros serbios, junto a los rasgos duros de su careto impasible, pegado un ojo al visor de la cámara y el otro entornado por el humo de un cigarrillo:

“ Y el que no lo entienda, que se vaya a mamarla. A Parla ”



“Una entradilla en Sarajevo”



“Regresando de hacer una entradilla en el frente de Vukovar. Ese día, sólo por divertirse, Márquez hizo que Pérez-Reverte repitiese tres veces su texto frente a las líneas serbias.”



“Márquez, Pérez-Reverte y el rubio Rado. Herido y prisionero, los serbios lo ejecutaron de un tiro en la nuca.”

"(...) sin duda uno de los mejores cámaras de guerra del mundo, recuerdo dos momentos que nunca podré olvidar. Visitábamos el hospital de Vukovar en octubre de 1991, pocos días antes de que la ciudad envese en manos de los serbios. Había muertos por todas partes. Los serbios utilizaban la aviación del antiguo ejército yugoslavo para meter en cintura a los croatas. Las bombas de 250 kilos perforaban los férreos edificios austro-húngaros y los derretían como si fueran de chocolate. En el hospital, los heridos se hacinaban en el sótano. Fuera, había más de dos docenas de muertos sin cubrir, destrozados por la metralla y envueltos en plásticos hasta que los familiares los reconociesen. Sobre el volante de un coche había una mujer muerta por el certero disparo de un francotirador. Márquez empezó a hacer su trabajo. Mientras, yo temblaba, no podía concentrarme. El, en cambio, trabajaba, con frialdad. Colocó el objetivo sobre el agujero que había dejado la bala en la sien de la mujer y comenzó a abrir el plano con una precisión y un pulso de autómatas."

Una semana después recibí la noticia de que el periodista del diario El País Francesc Relea estaba en un hospital de Osijek. Había tenido un accidente y estaba conmocionado. José Luis Márquez fue el primero en ofrecerse para buscarlo. Pero lo hizo sin aspavientos, en su estilo discreto e introvertido. Durante ese viaje que hicimos juntos, tuve ocasión de conocerle mejor. Me di cuenta que estaba ante una de las personas más humanas que cubrían aquella mierda de guerra."

por Gervasio Sánchez

(...)

Este libro está dedicado a José Luis Márquez, que aparece a lo largo de todo este relato como camarógrafo junto a Barlés, en la ficción. ¿Quién es José Luis Márquez?

A. P. R. - Pues es un cámara, considerado entre los cinco o seis mejores cámaras de guerra del mundo, que tiene la desgracia de en vez de ser norteamericano y trabajar para la WIT, para la NBC o para la CNN, haber sido latino, español y trabajar para Televisión Española, entonces, bueno, vive el hombre con un sueldo exiguo, como siempre, y se juega la vida por cuatro duros ya que en otros lugares es más reconocido. Pero, para reparar esa injusticia, al menos en lo moral, decidí escribir este libro y dedicárselo a él. Dedicarle el libro este a él, como homenaje, sobre todo, a ése que nunca sale. Yo salía y a mi me conocen y me dicen "Ah, usted es Reverte, el de la guerra de El Golfo, el de tal", pero él, que siempre está detrás de la cámara, nunca nadie le conocía su cara. Que por lo menos conocieran bien su nombre.

- Dice el escritor, a propósito de Márquez: "A Márquez no le gustaba que Barlés ayudase a los equipos de rescate porque se metía en cuadro y estropeaba el plano. A Márquez las lágrimas no le dejaban enfocar bien, por eso no lloraba nunca cuando sacaban de los escombros niños con la cabeza aplastada aunque, después, pasara horas sentado en un rincón sin abrir la boca. Márquez era rubio, pequeño y duro, con los ojos claros, y las tías lo encontraban atractivo", también es parte de su definición. Más adelante, también en este libro, a propósito de Márquez y del puente: "Se había convertido para él en una obsesión, como cuando en Bagdad se subía a un piso alto del hotel Rashid y pasaba horas al acecho para filmar el paso de un misil de crucero. Después, le daba igual que la imagen se emitiera o no, porque el suyo era simple impulso de cazador, lo que necesitaba era tenerlo". ¿Era así, realmente?

A. P. R. - Sí, era así, y es así. O sea, ahora está en Liberia, en el Zaire. Y es así, es un hombre ... lo que pasa es que después, cuando ya se queda solo y se toma una botella de whisky, entonces, ya le vienen todos los fantasmas a tocarle los pies, pero trabajando es frío como un témpano. Es como debe ser un cámara de televisión.

- Y, finalmente, cuenta Pérez-Reverte: "Márquez tenía una mujer y dos hijas a las que veía un mes al año, y transcurridos 20 días de ese mes se volvía tan insoportable que su propia familia le aconsejaba tomar el avión y largarse a una guerra. Quizá por eso Eva, su mujer, no se había divorciado aún, porque existían guerras a las que mandarlo".

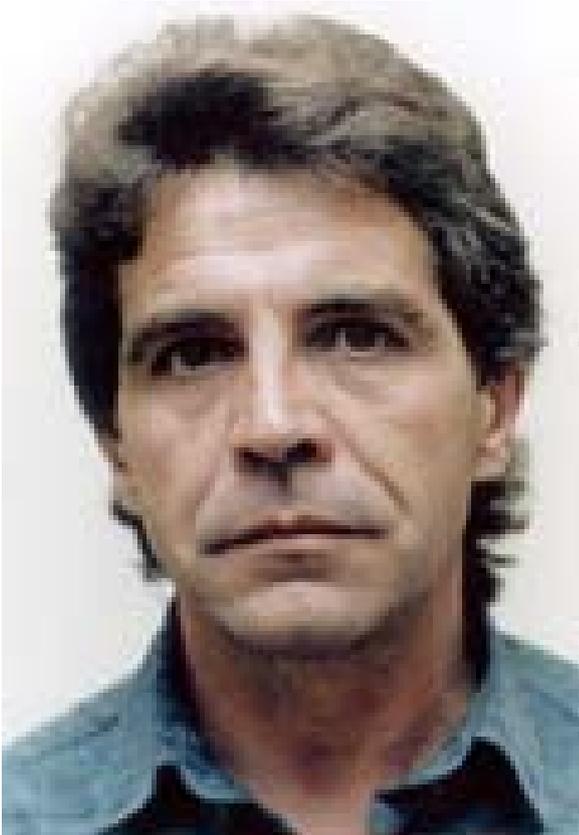
A. P. R. - Eso es rigurosamente cierto y son palabras de su propia mujer.

- Bien, yo me permito, entonces, si Arturo Pérez-Reverte está de acuerdo, esta mañana, invitar a alguien más a esta entrevista, a través de la línea telefónica, y saludo a esta hora, en directo, desde Montevideo, a José Luis Márquez, en la línea. Buenos días, José Luis.

JOSÉ LUIS MÁRQUEZ:

Hola, buenos días.

- ¿Quién es Arturo Pérez-Reverte?



J. L. M. - Bueno, pues, Arturo Pérez-Reverte es uno, por no decir el mejor, uno de los mejores periodistas que ha habido para la Televisión Española y del cual yo me siento...

A. P. R. - José, eres un canalla y un traidor. Esto no me lo esperaba, en absoluto.

J. L. M. - ¿Por qué?

- Y las historias que cuenta en su libro ¿fueron así, realmente?

J. L. M. - Bueno, pues, todo es realmente cierto, como ahí lo cuenta, y bueno, ya que me ha echado las flores de que yo podría haber trabajado en otra televisión, pues yo le debo hacer el honor y echarle otras flores y decir que creo que habiéramos sido un buen equipo para cualquier otra televisión que no hubiera sido la Televisión Española. Por lo menos hubieran reconocido más nuestro trabajo.

- ¿Usted sigue trabajando para Televisión Española?

J. L. M. - Pues, por suerte, todavía sigo trabajando para la Televisión Española, últimamente.

- ¿Sigue cubriendo conflictos de guerra?

J. L. M. - Pues, siempre que puedo y siempre que me lo permiten, pues, me apetece y me encanta estar en esos conflictos para poder informar desde el sitio.

- Y, ¿qué opina de la faceta de escritor de este personaje que tenemos aquí, esta mañana, con nosotros?

J. L. M. - Personalmente, no me llegó a extrañar mucho puesto que hemos estado muchos días juntos, y como yo podía ver cómo hacía sus crónicas para la televisión, pues, efectivamente, al verle escribir entiendo que lo haga todo tan bien, como lo hace.

A. P. R. - Bueno, vale ya, José. Cuenta la parte negativa, también, de vez en cuando. ¿Has vuelto de Yugoslavia ahora mismo, cuándo llegaste, ayer o antes de ayer?

J. L. M. - Sí, hace tres días.

A. P. R. - ¿Y qué tal el rodaje de "Territorio comanche"?

J. L. M. - Pues, bien. "Territorio comanche" se está rodando, está quedando una película que creo va a ser, por lo menos, para ver y para poder entender, un poco, cuál es la vida de los reporteros en situaciones de conflictos grandes. No va a ser una película de guerra, es una película de amistad y, a través de esta amistad y de estos reporteros, pues, se podrá intuir la guerra.

A. P. R. - ¿Y Cecilia Dopazo, que hace de periodista, es tan guapa como parece en la tele?

J. L. M. - Bueno, pues, Cecilia Dopazo en persona es una chica joven, guapa, pero lo cierto es que en la pantalla es cien veces mejor.

A. P. R. - Y ¿parece periodista, lo hace bien allí?

J. L. M. - Bueno, ella tiene en la película unas facetas que, a lo primero, es una periodista buscando el amarillismo y, después, ya termina integrándose en la tribu con que tú denominas al libro.

- José Luis Márquez, ¿ha sido, de alguna manera, asesor de esta película, ha seguido de cerca el rodaje?

J. L. M. - Bueno, sí. He estado seis semanas en el rodaje de la película y he estado asesorando, dentro de la medida de mis posibilidades, en cómo eran situaciones, cómo actitudes, cómo desenvolverse, más que nada, el equipo de televisión. En cuanto a la película, pues, no he tomado parte pero sí en el cómo hacer las cosas.

- ¿Y será fiel a la historia verdadera, si es que se puede llamar así?

J. L. M. - Hombre, pues, sin duda que será fiel, pero yo creo que nunca será todo lo fiel que debiera, hay muchas cosas que se quedan en el tintero y por necesidad, porque hay cosas que son imposibles de explicar a través de una película.

- Justamente, yo quería terminar a propósito de esto que dice José Luis Márquez, con una pregunta que puede ser para cualquiera de los dos. En el libro "Territorio comanche" Arturo Pérez-Reverte dice a propósito de Kukunjevaca, una localidad: "Fue la guerra de verdad y no existía Hollywood capaz de reconstruir aquello". Se me ocurre que esto vale, seguramente, para otros sitios en la guerra de Bosnia. ¿Están de acuerdo los dos?

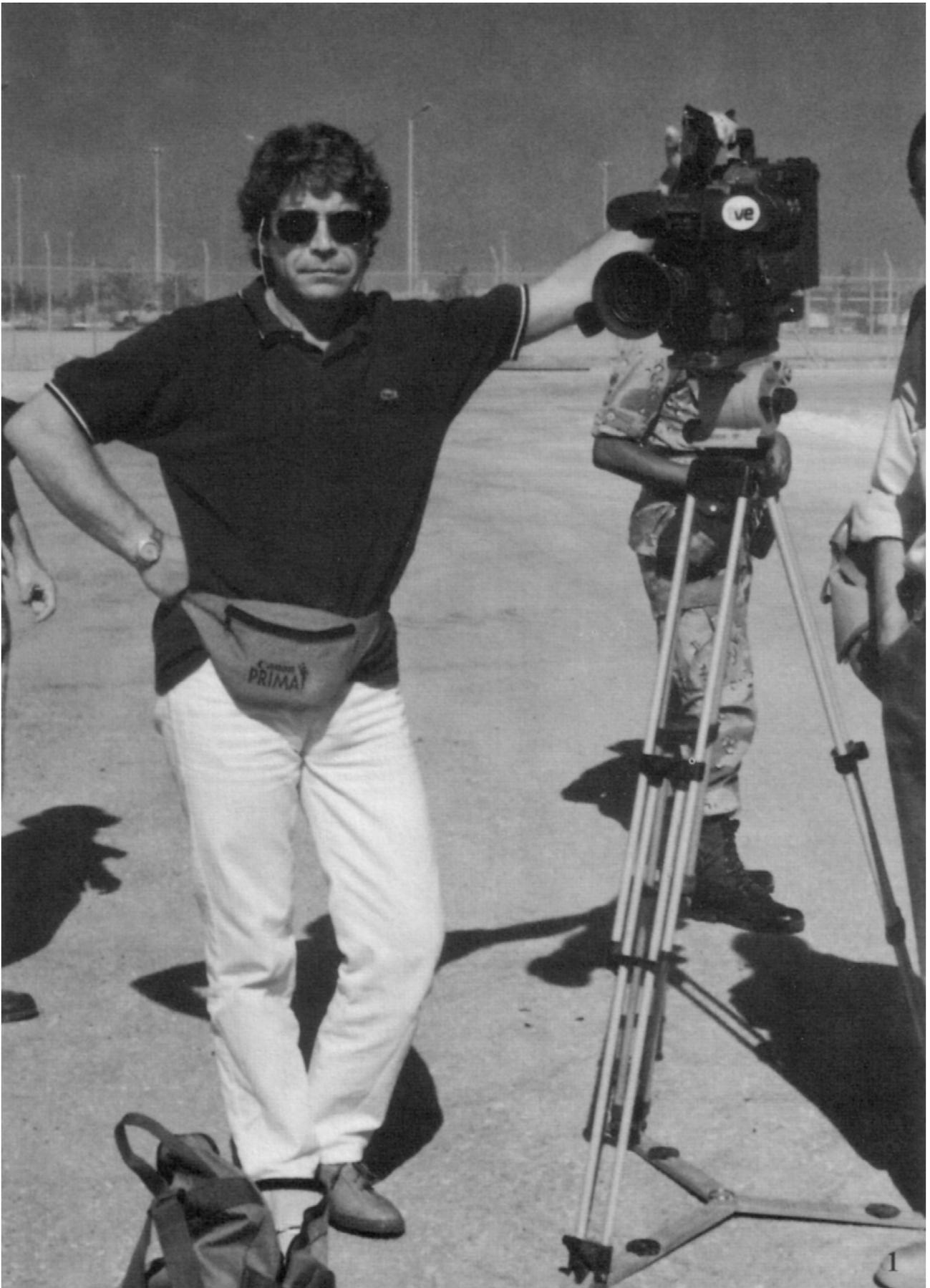
A. P. R. - ¿Te acuerdas de Kukunjevaca, José, aquel día gris?

J. L. M. - Sí, sí. La guerra de Yugoslavia, la verdad que ha sido una de las guerras, que a través de mi corto conocimiento, para mí ha sido la más cruenta y más difícil de soportar como persona, porque las guerras son completamente distintas, las ves como un frente de batalla, al cual tú vas a trabajar y por las noches vuelves. En esta no había ese frente de batalla, estabas siempre inmerso en el conflicto. Daba lo mismo que estuvieras en el hotel o en la calle, o sea, eras un ciudadano más y, efectivamente, es una guerra irrepetible para Hollywood, completamente irrepetible.

- José Luis Márquez, camarógrafo de Televisión Española, muchas gracias por participar esta mañana en este encuentro con Arturo Pérez-Reverte, de darle esta sorpresa al día siguiente de su cumpleaños, de su llegada aquí a Montevideo. Arturo lo saluda.

A. P. R. - Gracias, José. ¿Te vas a Zaire?

J. L. M. - Pues, en eso estamos, al Zaire o de vacaciones, no sabía con cuál quedarme.



José Luis Márquez y su cámara Betacam. Una pareja inseparable



ARTURO PEREZ-REVERTE

Personajes de opereta

o no, porque no he seguido muy de cerca las apasionantes peripecias de su currículum. Recuerdo entre otras cosas -en mis pesadillas- a cierta defensora del pueblo vestida de casco azul de la señorita Pepis diciéndoles a los soldados: «*Cuando volváis a España, si es que volvéis, estáis todos invitados a mi casa*». Lo dijo así, literal, en plan yupiyupi chicos, de modo que imagínense el choteo del respetable, con las conchas que te da una mili en Bosnia. Como recuerdo también la decepción de un conocido presentador televisivo -hasta esa fecha buen amigo mío- cuando, después de que me narrase sus excitantes sensaciones tras hallarse por primera vez bajo el fuego, le expliqué que los disparos que había estado oyendo toda la noche eran tiros al aire de los croatas borrachos de *rakia* que celebraban la Nochebuena, y que la guerra de verdad se hallaba cincuenta kilómetros al norte, en Mostar. Lugar al que, por cierto, no mostré deseos de desplazarse en absoluto.

Los llaman japoneses porque llegan, se hacen una foto y se disponen a contar los horrores de una guerra que no han vivido

Los cascos azules españoles destacados en Bosnia los llaman *japoneses* porque llegan, se hacen una foto y se van. Los hay de todo tipo, de variopinto pelaje y procedencia: parlamentarios, intelectuales, ministros, presidentes de gobierno, periodistas que pasaban por allí, tontosdelculo en general y media docena de etcéteras más. Sus incursiones bélicas duran entre uno y tres días, pero a ellos les basta ese corto período de tiempo para captar las claves esenciales del asunto. Al cabo cogen el portante y se largan, dispuestos a explicarle al mundo los horrores y los entresijos de una guerra que ellos han vivido -con grave riesgo de sus vidas- en primera persona del singular.

A veces uno llega, es un suponer, de Mostar, o de Sarajevo, sucio como un cerdo, y cuando se baja del Nissan blindado y cruza el vestíbulo del hotel de Medjugorje o Split, en busca de una ducha y una comida decente de retaguardia, se los encuentra allí, con chaleco antibalas y casco y expresión intrépida, jugándose la vida a treinta o cincuenta kilómetros del tiro más cercano. Es curiosa la obsesión que demuestran todos y cada uno de ellos por creerse en peligro, viviendo arriesgadamente los azares de la guerra y la aventura, aunque allí donde suelen ir, o los dejan ir, el peligro no exista en absoluto.

Recuerdo, por ejemplo, la imagen ralentizada en la tele de un ingenioso humorista bajito, caminando por las calles de Sarajevo -donde estuvo diez minutos- con un chaleco antimetralla mimetizado, con el fondo de una canción tierna que hablaba de niños y de vamos a querernos todos y demagogias así. Y recuerdo al mismo fulano amenazando con ir también a Somalia, donde ignoro si terminó yendo

Entre los domingueros de la guerra hay también militares de alta graduación que se dejan caer por allí en visita de inspección, del tipo hola qué tal, chavales, y todo eso. Se los reconoce en el acto por el aire paternal, la cámara de fotos y por el uniforme, casco y chaleco antimetralla, que llevan impecablemente limpios y nuevos. Son los que se ponen de pie en las trincheras para que les expliquen dónde está el enemigo, o los que pisan las cunetas de las carreteras y los caminos de tierra por si queda allí alguna mina sin estallar. Hace un mes vi cómo por culpa de uno de ellos que se empeñó en hacerse una foto en los puentes de Bijela, los francotiradores estuvieron a punto de cargarse a uno de los paracaidistas que le daban escolta.

Después, cuando se largan con su circo y sus fotos a otra parte, uno cree que se ha librado por fin de semejantes cantamañanas, pero esta en un error. A tu regreso a España abres los periódicos y te los encuentran a todos allí, explicándole al mundo los horrores de la guerra. Algunos incluso escriben libros que compro y hojeo con manos temblorosas y atención suma, a ver si me entero de una puñetera vez de lo que ocurre en Bosnia. Pero la guinda del pastel la puso cierto programa televisado, cuyo conductor estuvo exactamente tres días muy lejos de cualquier disparo real o imaginado, y que mostraba las imágenes de un charquito de sangre, argumentando que había dudado mucho en ofrecer esa imagen, pero que decidía emitirla -tras consultarlo con su conciencia porque era algo que no solía verse en los informativos españoles. Mi cámara y amigo José Luis Márquez, que lleva tres años cubriendo la guerra de los Balcanes y a veces se despierta soñando con la morgue de Sarajevo o las calles de Mostar, todavía se está partiendo de risa con la horrorosa imagen del charquito.



A SANGRE FRÍA ARTURO PÉREZ-REVERTE

En territorio comanche

Cómo pasa el tiempo. Hacia dos años que el arriba firmante no se daba una vuelta por Bosnia: desde que decidí cambiar la profesión de mercenario de la tele por el ejercicio independiente de la tecla. Ahora acabo de estar allí un par de semanas, porque a Gerardo Herrero, que además de productor y director de cine es amigo mío, se le ha metido entre ceja y ceja hacer en septiembre una película basada en Territorio comanche. De modo que terminé liándome, y al final nos fuimos con todo el equipo de producción y dirección, incluyendo a Imanol Arias, que hará de reportero plumilla, y a Carmelo Gómez, elegido para encarnar a José Luis Márquez, el cámara protagonista del relato.

Aquello fue una especie de viaje de estudios surrealista, imagínense, puentes volados y pueblos hechos polvo, a la derecha los cañones serbios y a la izquierda Sarajevo, señoras y señores, cuidado con pisar las cunetas porque hay minas. Rescatamos a Jadranka, mi curtida intérprete local, y nos acompañó Gerva Sánchez, fotógrafo de guerra, excelente y viejo amigo, cuya presencia y conversación habla hasta por los codos, el tío me ayudaron a sobrellevar el gusanillo inevitable de las nostalgias. Debo decir en honor del equipo cinematográfico que trabajó duro y bien en la localización de exteriores. Incluso corrieron riesgos, sin rechistar siquiera cuando los condujimos por zonas todavía bajo control serbio o viejos frentes de batalla aún calientes. No es común que la gente se tome tan a pecho un rodaje. Será, creo, una digna película

No conocía personalmente a Imanol ni a Carmelo, y en este viaje tuve ocasión de tratarlos a fondo. Ambos me cayeron muy bien: profesional y resabiado veterano Imanol; vigoroso, vital y humanísimo Carmelo. Resultaba apasionante observar el modo en que, como esponjas, absorbían cuanto en el camino encontraban que pudiera serles útil para encarnar después sus personajes en la pantalla. Era divertido, en mitad de una conversación o un paseo entre las ruinas de tal o cual barrio, verlos tomar disimuladamente notas en cualquier sitio. Todo les valía: una actitud, un paisaje, un comentario, una broma de humor negro. Al final, tras los primeros días de desconcierto o estupor, asumido el horror que nos rodeaba, eran ellos los

que hablaban en la jerga de los reporteros que cubren guerras, con ese característico humor retorcido, lúcido, algo cínico, que es seña de identidad de la profesión. Hubo momentos en que parecían realmente periodistas, un equipo auténtico, e incluso yo mismo, a veces, me encontraba haciendo hacia ellos los viejos gestos familiares del oficio: hasta ese punto la ficción encarnada por gente de talento puede llegar a imbricarse con lo real. Estuvimos en la morgue del hospital, en el cementerio, en las líneas del frente. Dicen que aprendieron mucho en esas dos semanas, pero les aseguro a ustedes que, observándolos, yo aprendí de ellos todavía mucho más.

Una noche, en Sarajevo, en compañía de mi amigo Miguel Gil Moreno que un día se fue en moto a la guerra, lleva tres años en Bosnia y ahora curra de cámara para la Associated Press, decidimos llevar a Carmelo e Imanol de shopping a Grbavica, cuando los serbios aún estaban allí pegándoles fuego a las casas. Aquello todavía era la guerra de verdad, calles negras como boca de lobo o sólo iluminadas por los incendios, patrullas de IFOR y de las milicias serbias, barricadas y toda la parafernalia. Los dos aguantaron el tipo sin pestañear, bajándose del coche blindado para acompañar a Miguel cuando éste se movía cámara al hombro entre los edificios ardiendo. Para mí, aquella noche supuso recobrar, por unas horas, el ambiente del viejo oficio. Para Imanol y Carmelo, sentir en carne propia un territorio comanche en estado puro. Y cuando pasada la medianoche estábamos filmando una casa, solos ante las llamas, y llegó una patrulla serbia con muy mala leche y peores intenciones, y yo les dije a Imanol y Carmelo que si las cosas se ponían mal corrieran hacia la esquina y doblaran a la derecha en busca de una patrulla de IFOR, lo encajaron todo con la calma resignada de dos veteranos que no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

Después, aquella misma noche, vaciamos una botella de algo en el mal iluminado bar del hotel, mientras Gerva contaba historias de otros compañeros y otras guerras, y Miguel, siempre flaco, melancólico, jugueteaba con su viejo y abollado Zippo, en silencio. Yo miraba a Carmelo e Imanol con la satisfacción de quien ha llegado a la meta. Ya no parecían turistas, sino colegas. Tenían esos ojos cansados que se te quedan cuando miras el horror y la mierda.



Regreso a Vukovar

La noticia me habría pasado inadvertida de no ser por un tercio de columnita en página par de un diario: Croacia recupera Vukovar. Imagino que a la mayor parte de ustedes Vukovar le importa un carajo. Pero hace años, en el 91, el arriba firmante estuvo contándoles por la tele un montón de cosas de esa pequeña localidad de Eslavonia oriental, fronteriza entre Croacia y Serbia. Tiempos duros aquellos, cuando los serbios eran el chulo del barrio y tenían tanques y aviones y tenían de todo, y Europa miraba hacia otro lado y les dejaba pegarle fuego a los Balcanes con toda impunidad, y mi admirado don Javier Solana, entonces ministro de Exteriores, salía en cada telediario con espléndida sonrisa, diciendo estamos trabajando para detener esto, mientras su mediación, como la de los mierdas de sus colegas de la CEE, consistía en darles palmaditas en la espalda a Milosevic, Karadzic y a quienes ahora, lanzada a moro muerto, llaman criminales de guerra. Ustedes a lo mejor no se acuerdan, y al actual secretario general de la OTAN tampoco le conviene acordarse. Pero yo me acuerdo muy bien, porque estaba allí.

¿Saben ustedes lo que pasó en Vukovar? Pues que mientras don Javier Solana y Europa les hacían a los serbios un francés con todas sus letras, éstos cercaron la ciudad y la cañonearon. Y luego empezaron a lanzar ataques feroces con aviación y con tanques contra los defensores, armados apenas con escopetas de caza y algunas armas de fortuna. Todo eso se lo contábamos a ustedes en los telediarios Márquez, mi cámara de TVE, Jadranka, nuestra intérprete, y el arriba firmante, que nos pasamos aquel verano y aquel otoño corriendo como liebres delante de los tanques serbios por toda la Krajina y toda la puñetera Eslavonia oriental, entrando y saliendo de Vukovar por un caminito que había a través de los maizales, y nos abrimos de allí por los pelos, con los últimos heridos que aún podían andar, antes de que el cerrojo se cerrara para siempre. Luego se luchó casa por casa, y cuando por fin llegaron al centro de la ciudad, al hospital, los serbios los sacaron a todos y los mataron por el morro, uno tras otro. No hubo prisioneros en edad de combatir; a todos se los pasaron por la piedra fueron a dar en fosas comunes. Eso hicieron en Rado, que era un pequeñito y rubio y se fumaba siempre el tabaco de Márquez. También con Mate el gordito y con Mirko

el bosnio, que era callado y elegante y un experto en golpes de mano nocturnos. A sexymbol no llegaron a tiempo de asesinarlo, porque pisó antes una mina en los maizales, pro sí a su hermano Ivo. Los mataron a todos cuando se quedaron sin municiones y se rindieron. A todos incluido el comandante Grüber, que tenía veinticuatro años y era mi amigo; tanto que un día organizó un contraataque para ganar trescientos metros y que pudiéramos filmarlos tanques serbios de cerca, y los filmamos, y costó un muerto y cinco heridos que aquella noche Vukovar abriera el telediario. Al final, cuando Grüber ya estaba en el sótano del hospital con un pie arrancado y metralla en los pulmones, los serbios lo sacaron fuera con los otros heridos y le pegaron un tiro en la cabeza.

Todo eso me ha venido a la memoria ante la pequeña noticia del diario. El recuerdo de aquellas noches en las trincheras, en los sótanos o entre las ruinas de Vukovar. Las largas conversaciones en las que sólo veías del otro la brasa semioculta de un cigarrillo. El miedo, el coraje, la desesperación, la esperanza. Y el último adiós, aquel amanecer gris en que nos arrastramos por los maizales sin mirar atrás, sintiendo en nuestras espaldas los ojos de todos aquellos jóvenes que iban a morir porque no llevaban un carnet de prensa y un pasaporte en el bolsillo, y porque el ministro Solana y sus colegas no tenían ninguna prisa. Una enfermera superviviente nos contó más tarde que los últimos del grupo de Grüber —una veintena de muchachos entre los dieciocho y los veinticinco años— pelearon, ya con los serbios dentro del último reducto, hasta que no hubo munición que disparar. Que vendieron cara su piel y que no quedó nadie. Por eso, tras ver hoy el nombre de Vukovar en el diario, me serví un coñac, fui al vídeo y puse durante un rato algunas imágenes hechas por Márquez. Ahí están de nuevo Grüber y los otros. Les he dado hacia atrás y hacia delante a las cintas, viendo cómo sonríen, sueñan, fuman, combaten, hablan de la vida, del futuro. He congelado sus rostros muchas veces, recordando. He pasado la mañana bebiendo coñac con un grupo de chicos muertos.



El gringo malo

Hace casi tres décadas, cuando el arriba firmante era un piolín recién llegado al diario Pueblo, compartía con los redactores de la sección de Internacional un feroz antiamericanismo. Eran los tiempos de Vietnam, de la crisis del petróleo, de Chile, de la CIA metiendo mano por todas partes incluida España; y uno creía tener muy claro donde estaban los malos y dónde los buenos. Yo pedía ir siempre voluntario con los buenos; y los buenos eran palestinos, vietcongs, sandinistas y, en general, los que combatían a dictaduras y gobiernos sostenidos por Estados Unidos. Fernando Latorre, Chema Pérez Castro, Pedrusquiño y los otros redactores veteranos, que para mí eran la voz de la sabiduría, la experiencia y el oficio, profesaban odio a todo cuanto oliese a gringo; y yo compartía su punto de vista, entre otras cosas porque me pasaba la vida yendo a lugares donde podía comprobar, en mi propia carne y en la de los desgraciados a los que veía bombardear, torturar y matar, los efectos de la política exterior norteamericana.

Luego pasó el tiempo, y los Estados Unidos metieron el rabo entre las piernas y estuvieron unos años achantados, digiriendo su propia basura, que era mucha. En cuanto a mi punto de vista sobre el origen de los males universales, fue modificándose con el natural curso de la vida. Anduve de acá para allá, vi cine alternativo, conocí a norteamericanos maravillosos como Rust, el cámara de la CNN, o la fotógrafa Corinne Dufka, o Howard, mi agente literario neoyorkino; y terminé descubriendo lo que, tarde o temprano, descubre todo el que no es completamente imbécil: que eso de los buenos y los malos es mentira, que lo mío degüella una daga artesana bendita por Alá que una bayoneta de M-16 fabricada en Illinois—o en donde fabriquen los gringos sus bayonetas—, que en todas partes hay gente estupenda, y que los verdaderos hijos de puta no tienen patria concreta, por que arraigan donde los echoes.—No hay más que verlo surtidos que andamos por aquí.

Sin embargo, y pese a que a los cuarenta y siete se ven las cosas de otro modo, he de reconocer que cuando uno de esos hijos de puta sale anglosajón, norteamericano y además senador, su fanatismo, hipocresía y bajeza pueden alcanzar virtuosismos inimaginables. Esta mañana,

verbigracia, no tenía yo el Hola ni el Diez Minutos a la hora del colacao y los crispis. Así que al abrir el periódico me topé con el careto del senador Jesús Helms, cuya última hazaña es una ley para que el Estado no apoye a fotógrafos, directores de teatro o actores indecentes o exhibicionistas; en el muy amplio y meapilas sentido que la hipócrita sociedad dominante norteamericana tiene del asunto. Y ese Helms, reconocido clásico de una política conservadora estadounidense encantada de conocerse, proclive a combinar la Biblia con Tom Clancy, la gorra de béisbol, el hábito de Torquemada, la prohibición del tabaco y el fomento de las asociaciones de usuarios del rifle y el 44 magnum, es el mismo fulano que desde hace treinta años dedica su tiempo a luchar contra la pornografía y el antiamericanismo, lo que incluye, entre otras guindas, dar caña a los homosexuales y asfixiar a Cuba. La ley Helms-Burtosn no se llama así por casualidad.

Por eso, cuando me tropiezo, como hoy, con jetas como la del amigo americano, me acuerdo de José Luis Márquez, con quien estuve una noche, hace cinco o seis años, en un local de Nápoles lleno de marines rapados y borrachos, sin duda muy canónicos para el senador Helms y para la madre que los parió, de esos que patrullan el mundo con la chulería del que se sabe sin enemigo, sin importarles un carajo si Italia está en Europa o en África; hijos muy ganados a pulso y muy legítimos de una sociedad bastarda, analfabeta y autocomplaciente que desprecia cuanto ignora. El caso es que Márquez, acodado en la barra, con la cámara de la tele a los pies y una cerveza en la mano, miraba a aquellas malas bestias sobar a las mujeres, reírse de los camareros y mamarse hasta las patas.

—Ahí los tienes—dijo al rato. Los amos del mundo. Luego movió la cabeza y siguió con su Heieken. Yo no dije nada, porque pensaba en mis viejos maestros de la sección de Internacional de Pueblo, del mismo modo que hoy he vuelto a pensar en ellos. Quizá tenían razón, después de todo. Quizá no sea bueno olvidar que siempre hay alguien incubando el huevo de la serpiente.

El Muyahidín



Son las siete y pico de la mañana y Márquez me llama desde Israel, tío, acaban de cargarse a Miguel en Sierra Leona. Le digo que sí, que ya lo sé, que acaba de decirlo la radio. Una emboscada. Iban él y Kurt Schork —Holiday Inn de Sarajevo, agencia Reuter, dos puertas más allá en el mismo pasillo—, buscando lo que buscas siempre en ese oficio: una historia, una imagen. Todo eso, en África y en plena merienda de negros. Ni un ruido, ni un alma, y Miguel y el otro intentando llegar a alguna parte mientras se ganan el jornal. Y de pronto, tacatacatá. Achicharrados los dos sin decir esta boca es mía. Por suerte, apunta Márquez, los pillaron así y no vivos. Se tarda mucho más en morir macheteado. Ya sabes: chas, chas, y mientras tanto dices muchas veces ay. Luego Márquez se despide y yo me quedo pensando que Márquez sólo es duro por fuera, y que se le nota muy jodido por Miguel. Por nuestro Miguelito. Han rescatado el cuerpo, dice antes de colgar. Así que cuando lo devuelvan a Barcelona, mándale una corona tuya y mía. O mejor ve al entierro. He contestado sí, claro que iré. Pera la verdad es que no pienso ir. No tengo cojones para ponerme delante de Pato, su madre.

Luego me he quedado muy callado y muy quieto, recordando al tipo alto, muy educado, que se nos acercó una noche en un bar de Split pidiendo que lo dejáramos acompañarnos en su moto a la guerra porque estaba harto de coger el autobús para ir a trabajar como abogado en Barcelona. Un tipo que tres días más tarde había tenido su bautismo de fuego y era nuestro ahijado y nuestro amigo, y a quien —él llegó cuando yo casi me iba— describí así en Territorio comanche, pocos meses más tarde: *«Era su primer conflicto bélico y sé lo tomaba todo muy a pecho porque aún vivía esa edad en que un periodista cree en buenos y malos y se enamora de las causas perdidas, las mujeres y las guerras. Era valiente, orgulloso y cortés. Mientras otros periodistas contaban la guerra desde hoteles, él vivía casi todo el tiempo en Mostar, y cada vez salía y regresaba con medicinas para los niños. Se lo encontraban entre los escombros, con un pañuelo verde en torno a la frente, alto, flaco y sin afeitar, con los ojos enrojecidos y esa mirada inconfundible que se les pone a quienes recorren los mil metros más largos de su vida: mil metros que ya siempre los mantendrán lejos de aquellos a quienes nunca les ha disparado nadie»*.

Ahora releo esas líneas y me quedo absorto, con una incómoda congoja dentro, y

pienso que ya han pasado siete años desde que Miguel Gil Moreno se presentó aquella noche en Split, y que su carrera fue como él quiso que fuera: dura, rápida, brillante y peligrosa. Empezó buscándose la vida como chófer de periodistas, luego cogió una cámara para ir a sitios donde nadie se atrevía a ir, y al fin se hizo una reputación asumiendo riesgos enormes en zonas muy difíciles, trabajando por cuatro duros para las televisiones inglesas. Reportero de guerra de la Associated Press TV, le gustaba trabajar solo, le dieron un premio Rory Peck por sus imágenes de Kosovo, le rompieron dos costillas y le abrieron la cabeza en el Congo, y dejó boquiabierto a la tribu de zánganos que transmitía desde los campos de refugiados cuando fue el único periodista que, al cuarto o quinto intento, logró meterse en Grozni a base de perseverancia y de huevos. Y hay algo que casi nadie sabe, salvo Márquez y yo, y también Paco Nistal, el páter, capellán de los cascos azules: era católico creyente, y siempre que podía se confesaba antes de entrar en combate.

Estuvo siete años debiéndome cien marcos que le presté un día que andaba tieso, y siempre bromeábamos sobre esa eterna deuda, que me negaba a cobrarle si no era en forma de bayoneta de Kalashnikov, que él siempre juraba traerme en el siguiente viaje. Sólo tengo dos fotos suyas: una con Carmelo Gómez e Imanol Arias, el día que estuvimos juntos por última vez en zona de guerra, cuando a punto de rodar aquella película comanche lo acompañamos a filmar a los serbios incendiando las afueras de Sarajevo al retirarse. La otra es en Mostar, en una trincheras, con su chaleco de reportero y el pañuelo en la cabeza que daba aire de muyahidín islámico a su perfil de halcón flaco. Hablé con él hace tres semanas, cuando me llamó desde Londres para que le diese una entrevista a una periodista amiga suya. Me dijo que ya tenía treinta y dos, y que a veces estaba cansado. Poco dinero y mucho riesgo, añadió. Será malo envejecer así, y quizá deba buscarme algo por ahí. Ahora recuerdo esa conversación, y me parece verlo reírse por el agujero del diente que le faltaba. También lo veo cruzando con su moto a través de la guerra y de la vida, veloz, impasible y valiente, del mismo modo que entró en Sarajevo cruzando el monte Ingman. Y sé que me he quedado sin la bayoneta de Kalashnikov, y que cada vez tengo menos amigos y más canas. Unas canas que Miguel no tendrá nunca.

11 de junio de 2000



El caso de La Niña

L

a Niña Rodicio, que anda en líos laborales desde que TVE la quiso echar a la calle por meter presuntamente mano a la caja —allí aseguran que se gastaba el dinero de la corresponsalía de Tel Aviv en ropa cara y artículos de lujo—, ha publicado un libro autojustificativo en el que, creyendo que la mejor defensa es el ataque, describe el mundo de los reporteros de guerra como un cuento de hadas donde ella, valerosa e incomprendida Cenicienta, se enfrentaba con mucho coraje e independencia ideológica a una chusma de colegas españoles mercenarios, machistas, cobardes, embusteros, fantasmas y sin escrúpulos, que no la soportaban por lo guapa y lo inteligente y lo buena periodista que era y sigue siendo. Casualmente, los únicos de quienes habla bien y dice que la apreciaban, Julio Fuentes y Ricardo Ortega, están muertos. Que ya es mala suerte. En cuanto al resto, la Niña desvela lo malos periodistas, lo vagos, lo mentirosos y lo perros que son todos; por ejemplo, tipos tan sospechosos de toda la vida como los veteranos Alfonso Rojo, Márquez y Fran Sevilla. A mí también me incluye en la relación aunque me jubilé hace once años, supongo que para agradecerme haberla citado con poco afecto en Territorio Comanche. Contando lo que dice que otros le han contado que les contaron, afirma que pasó veinte años pagando a soldados para que disparasen y presumir de tiros, y que en mis tiempos mozos fui, simultáneamente, agente de la CIA y del KGB.

La verdad es que no pensaba ocuparme del asunto. No cazo ratoncitos a estas alturas, y bastante tiene ya la Niña encima. Pero el otro día abrí El Semanal y encontré cinco páginas con entrevista dedicadas a promocionar el libro de la honrada tragafuegos, con una foto «en su minúsculo y dos veces hipotecado apartamento de Madrid». Y lo del minúsculo y dos veces hipotecado apartamento me conmovió tanto que leí la entrevista entera mientras movía la cabeza y pensaba: pobre chica. La acusan injustamente de robar una pasta gansa, y ya ves. Vive en la miseria. Sedotta, calumniatta y abandonatta, la pobre, por razones políticas, por supuesto, después de lo difícil que es salir en la tele compitiendo en plena guerra con hombres sudorosos y machistas, mientras una va bien maquillada, con pashmina de seda, ropa superfashion y tacones, pagando todo eso del exiguo sueldo de la tele, sin plus de peligrosidad que, a dife-

rencia de los otros ávidos Rambos, ella asegura nunca quiso cobrar. Cómo se han cebado con su acrisolada honradez, en vez de atacar a otros reporteros ladrones como los que saquearon los museos de Bagdad, de donde ella admite haberse llevado sólo pequeños recuerdos: «Un par de fotos del museo de Sadam y un pedazo de cuerno de marfil y creo que fui la que menos se llevó. Mucha gente cayó en la tentación, me consta que hay colegas que lo hicieron. A mí jamás se me hubiera ocurrido».

Como dice la sabiduría popular, a la pájara se la conoce por la cagada. Eso mismo es lo que le dije a Márquez cuando telefoneó desde Israel para decirme alucino, colega, esa tía cuenta que la echaron por independiente y objetiva, cuando aquí los palestinos no la podían ni ver porque pasaba de ellos, y no iba a un campo de refugiados ni a una intifada aunque se lo pidieran de rodillas. Ni trabajaba ni dejaba trabajar. Tiene huevos que precisamente ella acuse a la gente de trabajar desde los hoteles. Así que, oye, no sé qué harán Alfonso, Fran y los otros, pero yo le voy a meter una demanda judicial que va a escupir las muelas. Eso dijo Márquez; pero mi respuesta fue déjala estar, hombre. No merece la pena. La Niña Rodicio es una desventurada que se vio metida, jovencita y demasiado verde, en un mundo muy duro que le venía grande. El día que su directora de Informativos la mandó al extranjero, la hizo polvo. La megalomanía se le disparó con los viajes, los hoteles caros, el dinero, el presunto glamour del reportaje de guerra, la gente diciéndole: huy, hija, qué hace una chica con esa voz de pito en sitios como éste. Todo eso hizo que al final se le exaltara la olla. Encima, la Tribu nunca la tomó en serio: recuerda sus histerias de diva ultrajada y sus aviones B-52 bombardeando en picado. Así que dejadla tranquila, que va apañada. Teclear un libro paranoico se le antojó mejor terapia que un psiquiatra. En realidad deberían olvidarse del dinero, readmitirla en TVE y devolverla a una mesa de redacción o a un despacho, de donde esa pobre infeliz nunca debió haber salido. .



Patente de curso por Arturo Pérez-Reverte

La chica del blindado

fue por estas fechas, en los Balcanes. Era uno de los últimos trabajos en territorio comanche: tenía la certeza de que aquello terminaba para mí. En la primera guerra del Golfo, luego en Croacia y después en Sarajevo, había advertido que venían otros tiempos. Las viejas putas de trincheras como Alfonso Rojo, Julio Fuentes o yo mismo cedíamos terreno a las treinta conexiones en directo para el telediario —así no podías buscar información, pero a nadie parecía importarle—, y a los cantamañanas que aterrizaban a cincuenta kilómetros del frente para hacer programas de sobremesa con mucha lágrima de mujer violada y mucho huerfanito.

En Bosnia, la guerra de los reporteros aún no era políticamente correcta. Todavía era guerra de verdad, y allí nos juntábamos los restos de la vieja tribu, apurando la cosa como quien permanece hasta última hora en un bar a punto de cerrar, bebiendo bajo el fuego de los camareros impacientes que recogen vasos y ponen sillas sobre las mesas. Esa madrugada tocaba Mostar: asediada por los serbios, bombardeada día y noche, con cascos azules españoles dentro y las navidades a tiro de Kalashnikov. Una perita en dulce para animar los telediaros. Así que José Luis Márquez, con su cámara Betacam sobre las rodillas, y el arriba firmante estábamos sentados en un BMR español, esperando cruzar las líneas serbias y entrar una vez más en la ciudad. Íbamos callados y tensos, pues con los hijos de puta de los artilleros y francotiradores serbios, la cosa estaba

chunga. Había que subir en pequeño convoy desde Dracevo siguiendo el curso del río Neretva, cruzar las líneas, el matadero del aeropuerto y bajarse en la calle principal de Mostar. Y en ésa estábamos, aún de noche, esperando la partida, fumando en silencio, cada uno pensando en sus cosas, cuando la chica entró en el blindado y se sentó entre dos soldados, en la banqueta frente a nosotros. Llevaba un chaleco antibalas enorme, y bajo el casco asomaban sus cabellos rojizos y largos. Era un poco regordeta, guapilla, joven, y tenía pecas. Médicos sin Fronteras, ponía

nuestras preocupaciones, que incluían el telediario de esa noche, quedarnos sin tabaco —los soldados se lo fumaban todo, los malditos— y seguir en razonable estado de salud cuando terminara aquello. Includo el propio miedo, que era asunto de cada cual. Así que no la confortamos mucho, me temo. Ni siquiera le preguntamos su nombre.

Llegamos a Mostar en un amanecer sucio y gris —allí todos eran así, hasta los días de sol—, se abrió la rampa del BMR y lo primero que vimos fue la cara flaca de Miguel Gil Moreno, que nos esperaba. Le dimos un abrazo y empezamos a trabajar, porque en ese momento caían morteros serbios, había heridos, y un casco azul español estaba lleno de sangre de la cabeza a los pies, aunque no era suya. Mientras bajábamos del blindado, Miguel —que luego moriría en Sierra Leona— nos hizo una foto. En ella se ve a Márquez impasible como siempre, un cigarrillo en la boca y echándose la

Márquez no era simpático, y yo tampoco. Llevábamos tres años en los Balcanes

en una pegatina del casco: una oenegé sería, de las que se dejaban la piel, no como tanto fantasma que caía por allí a hacerse fotos con dos botes de leche condensada en los bolsillos.

Márquez no era simpático, y yo tampoco. Llevábamos tres años en los Balcanes y más de veinte en el oficio. Éramos profesionales de aquello, y sabíamos dónde nos íbamos a meter. Para la chica era su primera misión de guerra. Su gran aventura. Estaba asustada, y lo estuvo más cuando el blindado empezó a moverse, y nos pararon los serbios ochenta veces, y al cruzar el aeropuerto hubo un poquito de candela. A veces nos dirigía la palabra con sonrisa nerviosa, intentando no mostrar el miedo que sentía; pero nosotros estábamos demasiado sumidos en

cámara al hombro, y a mí que bajo detrás, vuelto hacia un lado —no recuerdo qué miraba— con mi mochila y cara de mala leche. Detrás se ve a la chica asomando la cabeza bajo el casco como un ratoncito tímido. Creo recordar que alguien de su oenegé la esperaba en alguna parte. No sé. No volvimos a verla nunca. Han pasado trece años y no había vuelto a pensar en ella. Hoy, ignoro por qué, la he recordado sentada en la penumbra del BMR en aquel amanecer sucio de Mostar, apretando los puños cuando la metralla serbia hacía cling-clang en la chapa del blindado. Lamento que ni Márquez ni yo le dirigiéramos la palabra. Era una chica valiente. ■

www.xlsemanal.com/perezreverte

Patente de curso



por Arturo Pérez-Reverte

Márquez

Es el cámara de televisión más valiente que conocí. Y eso que tuve el privilegio de trabajar con unos cuantos. Tenía la sangre fría y el pulso de hierro, el cabrón, hasta el punto de que a veces, cuando estábamos ganándonos el jornal, yo tenía que decirle que moviera un poquito la cámara o se agachara porque, si no, nadie creería que estuviese grabando de verdad aquello de cerca, sin trípode y de pie. Recuerdo que una vez, en un sitio llamado Gorne Radici, se mosqueó mucho porque, en vista de que no se movía cuando cascaban cebollazos, yo intentaba empujarlo disimuladamente para que no sacara los planos tan perfectos. Se rebotó con aquello y empezamos a discutir en mitad del pifostio, y pasamos el resto de la mañana, yo dándole empujoncitos cada vez que nos arrimaban candela, y él apartándose de mí y diciendo que me iba a calzar una hostia, mientras los de las escopetas que andaban pegando tiros nos miraban como si estuviéramos majaras.

De Vietnam a los Balcanes pasando por la plaza de Tiannanmen, la biografía de Jose Luis Márquez cubre más de un cuarto de siglo de historia bélica. De conmociones internacionales que abrieron telediarios. Tuve la suerte de trabajar a su lado muchas veces, en especial durante la larga guerra de los Balcanes. Con él pasé en Mostar mi última Navidad como reportero, la del año 93. Creo que nunca respeté tanto a nadie. Y no fui el único. Ese fulano gruñón, compacto y duro, de ojos azules y jeta impasible, con su voz de carraca vieja y su sempiterno cigarrillo colgado en la boca, era y es una leyenda en el mundo de los reporteros gráficos internacionales. Yo mismo vi, después de que grabara unas imágenes de belleza y horror perfectos —a veces una cosa y otra eran compatibles, pues no siempre lo peor es la sangre— en

un lugar llamado Kukunjevac, acudir a la sala de montaje a los más fogueados cámaras de las televisiones internacionales para contemplar su trabajo, admirados. «Es la guerra de verdad», comentó Rust, de la CNN. Y por Dios lo era.

Ustedes mismos, quienes veían aquellos telediarios, recordarán otro de sus momentos de gloria profesional, pues unas imágenes suyas dieron la vuelta al mundo, emitidas cientos de veces: un croata tumbado en el suelo, intentando acertarle con un lanzagranadas a un tanque serbio, en Vukovar, mientras las balas trazadoras que disparaba el tanque pegaban en el asfalto alrededor, entre las piernas de Márquez; que, de pie junto al soldado, grababa la escena. Luego, un impacto en una pierna del soldado, éste saltando a la pata coja, las manos del reportero que estaba con Márquez

de fumar. Cuando me pasé del todo a la tecla, escribí *Territorio Comanche* y dediqué el libro al puente de Petrinja y a Márquez —Carmelo Gómez lo encarnó de maravilla en la película de Gerardo Herrero—, los jefes de la tele quisieron vengarse en él, pues yo estaba fuera de su línea de tiro. Lo pusieron a hacer guardias en la puerta de la Audiencia Nacional. Es la única vez en mi vida que he usado el teléfono para algo así: llamé a Ramón Colom, director de TVE, y le dije que, si no lo dejaban en paz, igual me daba por escribir sobre otros territorios y sus habitantes, y entonces nos íbamos a reír mucho, todos. Ramón captó el mensaje, cumplió como un caballero, y Márquez volvió a sus guerras: Kosovo, Chechenia, Iraq y todo eso. Luego aceptó la jubilación anticipada, y ahora vive junto al mar, con un enano que, estoy seguro, tiene la misma cara de rubio cabrón, la voz de carraca y la mala leche que su padre.

Sólo una vez en veintiún años lo vi

Ese fulano gruñón, compacto y duro, es una leyenda en el mundo de los reporteros gráficos internacionales

metiéndole un paquete de kleenex al herido en el agujero de bala para taponar la hemorragia, y en ese momento, pumba, un zambombazo que hizo a herido y reportero buscar resguardo a toda leche, mientras el cámara, que seguía grabándolo todo de pie y sin inmutarse, se limitaba a pulsar la tecla de zoom abriendo a plano general.

Se jubiló hace algún tiempo de la tele. Nos vemos de vez en cuando, o hablamos por teléfono con esa bronca aspereza que era, y sigue siendo, nuestra manera de ser amigos. Vete a tomar por saco. Mamón. Etcétera. Nunca hablamos entre nosotros de batallitas, ni falta que hace. Como mucho, recordamos a Miguel Gil Moreno, a Julio Fuentes y a los otros compadres que dejaron

moquear. No trabajando, pues ya he dicho que era impasible. Se lo comía todo para sí, y al acabar el curro dejaba la cámara en el suelo, se sentaba en cuclillas con la espalda contra la pared y encendía un pitillo en silencio. Decía que cuando se jubilara iba a comprarse un Rolex, y decidí adelantarme gracias a los derechos de autor de *Territorio Comanche*. Una noche lo invité a cenar un chuletón en El Schottis, en la Cava Baja de Madrid, y le tiré el reloj sobre la mesa. «Toma, gilipollas», dije. Se lo quedó mirando, sin tocarlo, y sólo dijo dos veces: «En mi puta vida». Fue entonces cuando lloró. No mucho, claro. Una lagrimita de nada. Estamos hablando de Márquez. ■

www.xlsemanal.com/perezreverte